



Fe humilde, que se transforma en ansiosa búsqueda de Dios como fruto de una inquietud que le abrasaba las entrañas, fue la vivencia que tuvo el profeta Elías en la soledad del Carmelo. No encontró al Altísimo en la grandiosidad de los fenómenos naturales, sino en el marco de un silencioso susurro que le acariciaba el rostro, como fruto de una presencia deseada y buscada. Es la común aspiración que anida en el interior de todos los que hemos sido creados a su imagen y semejanza, y que recoge san Agustín en esa frase que no envejece con el paso del tiempo: *“nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en Ti”* (Conf. 1, 1),

El silencio es un milagro. Un milagro que abre la puerta del misterio, y que sólo podemos sentir y vivir en lo más profundo de nuestro ser. El silencio es *“algo más”*, infinitamente más, que un mero estar callados o permanecer en un lugar donde no hay ruidos. **El silencio es el lenguaje del amor.**

El sosegado susurro es la melodía de Dios que, en el caso del apóstol Pedro, se hizo sentir como presencia salvadora. Así nos lo narra el evangelio de san Mateo que se proclama en este domingo. El pánico que sintió, al comprobar que se hundía por falta de confianza, se transformó en gozosa confesión de fe cuando se agarró a la mano amiga del Maestro.

Con el gesto de caminar sobre las aguas, se revela como Señor de la nada y de la muerte y, en Pedro, también a nosotros nos saca de ellas. Solo se nos pide, como afirmar san Agustín, *“agarrar la mano de Aquel que desciende hasta ti”*.

Pero no podemos olvidar que el miedo es el enemigo de la fe, y la fe es el único antídoto contra miedo. Este es, en pocas palabras, el mensaje de las lecturas de hoy. Hay que decir que Jesús no condena el miedo; nos invita a no dejarnos abrumar, asfixiar o paralizar por él. Hay que vivir en carne propia, la experiencia orante que recoge el salmo 22 (23) cuando dice: *“aunque camine por cañadas oscuras, nada temo porque tu vas conmigo”*. Lo alimentamos, lo hacemos crecer, por medio de pensamientos que se nos cuelan dentro y, de este modo, pasan a ser dueños de nuestra vida, guiando y condicionando nuestras opciones.



Lo primera consecuencia es hacernos olvidar que Dios está siempre con nosotros, que nuestras manos están entre sus manos porque Él, deberíamos saborearlo con frecuencia repitiéndolo en el corazón, no olvida *“la vida de sus pobres”*, como así se pide y se proclama en la antífona de entrada de esta celebración dominical.

Pedro nos muestra, en el diálogo con Jesús y partiendo de lo que está viviendo en ese momento, todo un camino a seguir para poder superar, en los momentos difíciles de nuestra vida, la duda, el pánico ante la aparente ausencia de Dios.

Romano Guardini, en su obra *La aceptación de sí mismo*, escribe que, aunque el Señor esté siempre cerca, hemos de experimentar nuestra relación con él *“entre los polos de la lejanía y la cercanía. La cercanía nos fortifica, y la lejanía nos pone a prueba”*. El papa Francisco, en un diálogo con el psicólogo Salvo Noé que se recoge en el libro *“El miedo como don”*, nos anima a *“vivir con amor, a saber confiarse al Padre del cielo”*.

El saber que el Señor está ahí, que seguimos sus huellas, a fin de ir adquiriendo sus sentimientos como fruto de la contemplación de su vida, ha de llevarnos a hacer nuestra la petición que la Iglesia hace en la oración colecta de este día: *“renueva en nuestros corazones el espíritu de la adopción filial”* (es el don que hemos recibido el día de nuestro bautismo).

Esta plegaria forma parte del patrimonio orante de la Comunidad Cristiana. Pertenece a la liturgia ambrosiana que ha venido a enriquecer la nuestra y pedimos, que el Espíritu Santo cree corazones de hijos a fin de que, de manera nueva y renovada, podamos llamar a Dios Padre. De este modo la fraternidad será cada día una vivencia más gozosa, y el *“sol que viene de lo alto”*, que nos visita cada día *“para guiar nuestros pasos por el camino de la paz”*, nos hará comprender que el *“don de la adopción filial”* es la puerta para introducir la fraternidad en el mundo, cuyo precioso fruto es siempre la paz. Valiosa herencia que el Señor nos dejó como fruto de su pascua cfr Jn 14, 27.



Orando en la escuela de los salmos



Un salmo para rumiar

Sal 84, 9ab-10. 11-12. 13-14

Muéstranos, Señor,
tu misericordia
y danos tu salvación

Voy a escuchar lo que dice el Señor:

«Dios anuncia la paz

a su pueblo y a sus amigos.»

La salvación está ya cerca de sus fieles,

y la gloria habitará en nuestra tierra.

La misericordia y la fidelidad se encuentran,

la justicia y la paz se besan;

la fidelidad brota de la tierra,

y la justicia mira desde el cielo.

El Señor nos dará la lluvia,

y nuestra tierra dará su fruto.

La justicia marchará ante él,

la salvación seguirá sus pasos.

“La palabra de Dios es el árbol de vida que te ofrece el fruto bendito desde cualquiera de sus ramas, como aquella roca que se abrió en el desierto y manó de todos lados una bebida espiritual» comenta san Efrén de Nísibe. En este día el precioso fruto está tomado del libro de los salmos; escuela orante para el pueblo de Dios.

Es la palabra de Dios, rumiada, la que ayuda a mantenerse en pie; no las riquezas, ni la ciencia, ni menos aún, las propias fuerzas.

La rumia [ruminatio] del texto revelado es un itinerario donde la familiaridad con los textos bíblicos, se traduce en una sabiduría que ayuda a transformarlos en plegaria.

Es la afirmación que hace el rabino Matatías de Zaragoza (s. XV), como fruto de su estudio con corazón enamorado del salmo 142. Se pregunta: ¿qué es lo que permite mantenerse en pie? ¡La oración! (מְדַרְשׁ תְּהִלִּים) *Midrash Tehillim* 142,1).

El salmo 84 es una oración del pueblo de Dios dirigida a su Señor que al sentirse por él abandonado, le produce un gran sufrimiento interior; la respuesta a la plegaria les llega por medio del profeta Ageo que les dice:

“Ahí está mi palabra y mi espíritu está en medio de vosotros. ¡No temáis!”.

Es la misma respuesta que el Señor da los apóstoles aterrorizados (Mt. 14, 22-33). El mensaje es claro: *Jesús nos acompaña en nuestros apuros y nos libera de nuestros miedos.*

El camino en la fe es siempre una experiencia de la misericordia divina. Hasta el punto que nos lleva a esta certeza: el justo, no es tanto una persona que no comete pecados, sino quien viviendo inmerso en la Palabra, experimenta la necesidad de ser salvado. No hay lugar a la desesperanza al experimentar nuestra debilidad y, tal vez, siempre de la misma manera. En todo y sobre todo hemos de vivir en un clima de asombro, y comovernos al comprobar que el Señor nos muestra, constantemente, su misericordia regalándonos su



En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo

Domingo XIX

tiempo “per annum” “A”



Un texto para guardar
en la memoria del corazón

Jesús subió al monte a solas para orar... Mientras tanto, la barca iba ya muy lejos de tierra, sacudida por las olas...

De madrugada se les acercó Jesús, andando sobre el agua. Los discípulos, viéndole andar sobre el agua, se asustaron y gritaron de miedo, pensando que era un fantasma.

Jesús les dijo en seguida: «¡Ánimo, soy yo, no tengáis miedo!» Pedro le contestó: «Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti andando sobre el agua.»

Él le dijo: «Ven.» Pedro bajó de la barca y echó a andar sobre el agua... pero... le entró miedo, empezó a hundirse y gritó: «Señor, sálvame.»

En seguida Jesús extendió la mano, lo agarró y le dijo: «¡Qué poca fe! ¿Por qué has dudado?»

En cuanto subieron a la barca, amainó el viento.

Los de la barca se postraron ante él, diciendo: «Realmente eres Hijo de Dios.»